

Gabriela Huneeus

Destino



A noche era más densa en la remota callejuela aristocrática. Su doble hilera de árboles ahondaba la soledad. Irisaba el aire un polvo rojizo. Parecía que los astros se hubieran desmenuzado hasta el átomo en la atmósfera. Cielo lúgubre, sin estrellas, de cataclismos en el mundo, de tragedias en las almas. De tarde en tarde, una pareja furtiva se deslizaba por la estrecha acera y en la lejanía se apagaba el rodar de algún vehículo.

Un hombre caminaba entre las sombras. Un intruso en el barrio de los ricos. Traza de pordiosero: jirones por dentro y por fuera. También él se habría sorprendido de hallarse en ese sitio si alguien le hubiera advertido donde estaba. En los conos de luz que recortaban los focos eléctricos por entre los árboles uniformados y solemnes, se perfilaba su silueta alta y recia, con los brazos pegados al cuerpo, cuyas manos fuertes se hundían en los bolsillos inútiles. Un examen más prolíjo habría permitido observar su juventud, verle los ojos febriles, los labios duramente apretados que trazaban a lo ancho de su cara un gesto desdeñoso y hostil, y la contextura atlética de su tórax asomada en listas de piel morena por entre los tajos de la camisa rota. El vagabundo caminaba monologando. A fuerza de andar solo había descubierto como era posible hacerse

compañía sin el auxilio extraño. A veces soltaba los labios en palabras que parecían venir desde lejos. Se pensaría que musitaba oraciones en la noche si su mirada no hubiese delatado el vértigo interior, la ansiedad del que busca el camino de la resolución. No poseía nada en el mundo. Nada era suyo. Lo único que le quedaba de lo poco que había sido dueño era su espíritu llevándose a cuesta su humanidad en derrota. Hasta su educación moral, que le había servido siempre de apoyo, ahora también le quitaba algo empobreciéndole aún más, pesándole como una carga.

—Es preciso vivir...

Hablabía como si respondiese a un interrogatorio formulado por la niebla. Algo tenía que hacer, algo que no podía definir y que tenía que realizar en un momento, antes de que fuera demasiado tarde. Por lo tanto era preciso comer, comer hasta saciarse, hasta calmar el dolor físico que le roía las entrañas.

Sus labios se apretaron nuevamente y los mordió con rabia. Como si quisiera llorar también había sentido opresión en la garganta y así ahogó su impulso de debilidad. Una pareja pasó a su lado y lo evitó como si fuera un bulto. La mujer, amorosamente anudada al brazo del hombre, ni siquiera lo vió. Su compañero tampoco reparó en él. Los dos iban sinceramente felices, cual si la vida significara alegría y únicamente creada para ellos.

Frente a cada puerta vacilaba un segundo. Se sentía atraído y rechazado por todo en el momento en que se disponía a llamar. Desechó la idea antes de que ellas lo afrontaran, como alguna vez le había ocurrido, y siguió sin mirarlas, prefiriendo buscar en el suelo. La calle estaba limpia. Del destino que debía ser la vida de sus moradores no había quedado nada para él.

La niebla se hizo más densa. Se levantó de la tierra, trepó a los árboles, inmovilizados por la quietud del ambiente, y ocultó por completo la fachada de los edificios. También fué a enroscarse sobre el cuerpo del mocetón que proseguía andando. Avanzaba con dificultad, como si la vereda se hubiera empinado repentinamente. Sus piernas temblábanle, flaqueándole, sus miembros le pesaban

cual si llevase piedras, como si tuviera que llevar una carga superior a sus fuerzas: pero él estaba aguerrido para la fatiga y continuaba su paso sin rumbo y sin objeto. Los nuevos dolores físicos lo liberaron por un instante de su padecimiento interior y su pensamiento entró en otro cauce. Repasó su infancia y los dos o tres momentos que más tarde decidieron de su vida. Se vió entrando a la casa, de vuelta de la escuela, con la terrible urgencia de devorar unos panecillos blancos y beber el tazón de café con leche que su madre le tenía preparado. Le hizo mal este recuerdo. Renovó el dolor que le había roído las entrañas. Lo arrojó de sí. Pensó en su madre y pasó ante sus ojos la visión del cuadro de la casa tan grande entonces para él, y tan pequeña cuando volvió a verla, por casualidad, al cabo de los años. Como entonces, se sintió traspasado por la feliz e indefinible mirada y sólo ahora le pareció comprender su significado. El era el hijo, el fruto de un milagro venturoso. En seguida se le apareció muerta, tal como ella apareció una mañana, con una horrible expresión de cansancio y de entrega; y vió a los hombres que también la acompañaron a su última morada, los mismos que a menudo se amanecían bebiendo en su casa. Se aferró al recuerdo del pequeño cortejo que la condujo al cementerio donde se la llevaron para siempre... Le era dulce pensar en esa paz sin término. Después, el caos. Unicamente para él el derrumbe había sido total. No había nadie a su alrededor para protegerlo porque su padre hacía la vida de antes. Ese hombre fué el espejo del vicio. El alcohol lo desnudaba ante sus ojos cada vez más espantados. Como un estereotipo, el vagabundo tenía grabada la escena de su padre mirándole con una expresión simultáneamente cariñosa y salvaje, al tiempo de levantar la vista sobre el retrato de la ausente. De pronto aquella expresión se volvió horrible y le gritó: "No lo sabrás nunca, nunca... ¿Has oído?" Poco después lo abandonó sin despedirse y jamás supo de él. Esas fueron quizás las últimas palabras que le dirigió y ellas permanecieron patentes en su espíritu co-

mo si encerrasen la clave del enigma, no sólo de su vida sino de todas las vidas.

Luego los años transcurrieron en casa de su tía que nunca le hizo un mimo. Ella tenía formada su opinión sobre los hombres y lo consideraba como tal a pesar de sus doce años. A ella nadie le había conocido un amor, ni mejor cumplido a un representante del otro sexo que esta sentencia demoledora: "Vas a ser un perdido como tu padre". Se vió creciendo a su lado pirateando una libertad que le mezquinaba y que él terminó por emplear en mil lecturas. Era un hombre cuando descubrió su vocación. El mundo era un ritmo de formas. No podía pensar sino en el juego de luces y de sombras que dan relieve y existencia a las cosas. Sus manos, instintivamente, acariciaban el barro imaginario con que él les daba vida. Hacía tiempo que modelaba a hurtadillas, valiéndose de los más heterogéneos materiales, cuando llegó el día en que a fuerza de mil privaciones logró comprar arcilla de los escultores auténticos. Con ella en las manos no tenía por qué ocultarse. Debía amasarla a plena luz, como también a plena luz las gentes se pararían a contemplar su obra. Y cometió la imprudencia.

La tía no transigió con esa inmundicia. Su casa decente y para gente decente. Explotó con toda la violencia que había retenido durante meses enteros. No tenía dinero, ni menos para alimentar un holgazán que se pasaba leyendo o vagando por las calles. Ese episodio lo entregó en los brazos de la realidad. Todo no había sido un sueño. Debía ganarse el pan como los demás hombres, por perdidos que fuesen. Así lo hizo. Sin embargo, fracasó en todos los empleos. Ni sabía trabajar ni tenía aptitudes para la lucha. Sus rebeliones frente a la injusticia muchas veces lo dejaron en el arroyo. Su tía había pasado a mejor vida, tal como a ella le gustaba decir de las gentes que morían, cuando a él le ocurrió la catástrofe definitiva. El patrón de su último empleo lo denunció como autor de un robo miserable, y, no sólo padeció el calvario de la cárcel, sino el de la posterior persecución policial. Al cabo de un tiempo fué

declarado inocente, pero encontró todas las puertas cerradas y desde entonces muy pocas fueron las ocasiones en que le fué posible dormir bajo techo.

La visión del pasado iba espejándose en el rostro del vagabundo. Modularon su cara todos los matices de la emoción, desde la que puede producir la ingenua felicidad de los niños hasta el pavor que logra producir la persecución de los hombres. Entretanto caminaba balanceándose como un ebrio. De pronto, instintivamente, una de sus manos se escapó de uno de sus bolsillos donde estaba sepultada en el intento de sujetar un pedazo de muralla saliente, que le sorprendió como un fantasma que surgiese a su encuentro. Se detuvo rígido, azorado, despertando de su sueño y de su pesadilla. El ángulo de las dos paredes le ofrecía un refugio y se asiló en él. El frío y la fatiga habían agarrotado sus miembros y anestesiado su sensibilidad. No sentía ardor en su cerebro, ni la insufrible sensación de vacío que, minutos antes, le torturaba el estómago. Volviéndose a la nebulosa del tiempo, borráronse como por encanto todas las imágenes claras, llenas de vida, que una fuerza mágica acababa de resucitar como deseándolas volver a su punto de partida. Por algunos segundos le pareció estar disgregándose: la materia de la cual estaba formado se pulverizaba en la niebla. Todo lo que él había sido en espíritu, en deseos, en ambición, en voluntad de ser, todo estaba muerto y sepultado. Sólo faltaba que entregase a la nada el tributo final. Un río sagrado fluía a sus pies para lavar sus cenizas.

El rumor de unos lejanos pasos le sobresaltó. Los pasos se escuchaban como un latido. El vagabundo se apelotonó en su refugio sintiendo que su sangre circulaba al ritmo del andar de un desconocido. No debía ser un policía. Les conocía el andar aburrido y felino cuando están de ronda. Era, sin duda, un trasnochador afortunado, evadido de una orgía que no terminaba nunca. Se habría soltado, ahito, de los brazos de una mujer de fuego. Y esta idea desencadenó en él todas las hambres. Como un relámpago cruzaron

por su imaginación el dinero, que es la llave ganzúa del amor. ¿Acaso su Maruca de ojos encendidos, tan apasionada y tierna, no lo había abandonado porque él era pobre? Y recordó aquella última tarde en que se vieron: la vió alejarse tal como había llegado, modulada en una expresión tan terca que él no le conocía y observándola con timidez. Nuevamente la vió perderse como una mancha clara que disminuía zigzagueante entre la arboleda hacia el coloreado horizonte, sobre el caminito alfombrado de hojas secas. Esa melancolía otoñal la había llevado siempre en el corazón como un signo anunciador de su temible soledad. Algunos días después, cierta tarde, ella no le vió pasar: iba colgada del brazo de otro y riendo de una manera aturdidora. Pero él conquistaría la fortuna y entonces la buscaría. Se enfrentaría con ella como la más procaz de las nocturnas, con cualquiera de esas mujeres que poseen todos los filtros del placer. De pronto en su mente se movieron con rapidez vertiginosa las olvidadas escenas, encajadas en su cerebro, vistas en otra noche de invierno, a través de grandes ventanales de cristal de un restaurante famoso: agitáronse las maravillosas muñecas de lujo que saben reír y besar... Y asoció el recuerdo de Maruca: en castigo se moriría de pena y de envidia. También la fama vendría a buscarlo. Su taller sería inmenso como un templo y desde sus naves extasiaría al mundo con su obra. Otra esfinge saldría de sus manos y le sobreviviría por la eternidad. La nueva esfinge surgiría del misterio para revelarles a los hombres que el amor es el único secreto y que es inútil buscar un más allá.

Ahí estaba el dinero. Se lo traían esos pasos que se le venían encima, como se lleva al sediento el agua de las fuentes en las cuencas de las manos. El podría aproximar sus labios para calmar su sed. Tenía derecho a una felicidad, a la felicidad de esos hombres a quienes veía contentos como maniquíes ruidosos y riendo tan inútilmente. ¿Acaso no era necesario en la vida poseer el mágico secreto que transforma los dolores en una dicha fácil? Seguramente esos pasos obedecían a alguno de ellos. Y apareció la resolución en

el cerebro del vagabundo, la resolución buscada con ansia libertadora, tal como irrumpie un meteoro en el cielo después de haber ambulado largamente en el éter. La idea galvanizó todos sus músculos, absorbió su mente y se formuló en palabras que rodaron casi sin sentido:

—Lo golpearé con destreza... caerá aturdido como si lo derribase un rayo y no tendrá tiempo ni de pensar en la muerte...

Instantáneamente se adosó a la pared para tomar impulso. El desconocido estaba a su alcance. La sombra fué una realidad frente al ángulo. Un paso más y lo vió de espaldas, mostrándole la lista blanca de la bufanda, el sitio vulnerable de la presa. La acometida fué violenta y atroz, tan violenta que apenas se oyó el gemir de los dos hombres. Ambos cuerpos enlazados rodaron sobre el suelo en una masa informe. La sabia diestra del escultor era una tenaza diabólica. El pulgar se clavó en la garganta hasta destrozarla. Un hilo de baba y de sangre recorrió la mano del asesino. Pensó que sólo estaba herido y no se espantó. En el acto hurgó todos los ropajes, como si una cosa fuera la consecuencia de la otra, de la misma manera que proceden los matarifes que desuellan la res apenas la abaten. Insistió. Tampoco encontró nada. Dió vueltas uno a uno todos los bolsillos. Todos estaban vacíos y permanecieron enredados al filo de las uñas. El desconocido no tenía un céntimo.

Postrado y jadeante quedó agazapado ante el cuerpo de la víctima que, tendido de espaldas, exhibía una inmovilidad cadavérica, y le pareció que los ojos del hombre lo observaban desorbitados. Inútilmente quiso evitar la mirada porque aquellos ojos permanecían extrañamente fijo sobre él. Lo perseguían, estaban en todas partes clavados como puñales. Pretendió moverse y no pudo. Una mano del desconocido resbaló lentamente y golpeó la tierra.

En la alta noche se quebró el silencio. Una mezcla de alarido y de risa llenó el ámbito de la callejuela. El vagabundo, entregado a su negro destino, corría vertiginosamente. Iba cortando tinieblas.